

Globethics Repository



La Teología India en la Iglesia [India Theology in the Church]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	López, Eleazar
Publisher	Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-15 16:45:04
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/197886

La Teología India en la Iglesia. Un balance después de Aparecida

Eleazar López

*Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas
(México)*

Resumen

El documento de Aparecida significa un momento kairótico de la teología india en la Iglesia. En ella los indígenas se posicionan como un importante punto de referencia, entre las reservas de algunos grupos, cierto, pero con una perspectiva mayoritariamente prometedora para Iglesia y la sociedad latinoamericanas.

Summary

The document of Aparecida represents a kairós for the Teología India (Amerindian theology) in the Church. In the document the indigenous peoples of the Americas are recognized as an important reference point. Even though some groups have expressed some reservations about Teología India, the general impression given by the Aparecida Document is of a positive prospective and of a promising contribution to the Church and the Latin American society.

Toda teología, cristiana o no, asume como tarea primordial hablar de la experiencia de Dios que tenemos las personas y las comunidades creyentes; así da razón de la esperanza trascendente que anima nuestra vida en medio de los trajines del tiempo y del espacio en que nos movemos. La teología no nace del conocimiento frío y abstracto de una realidad objetivada, que se halla frente a nosotros, sino de un contacto personal y cercano con Dios, que nos llena y nos envuelve con su ser y con su actuar. No se habla de teología como ciencia para señalar el resultado de una medición rigurosamente aséptica de las cualidades de Dios mirado en sí mismo, sino para mostrar el fruto de ese abrazo vivificante del amor divino; la teología es el resultado de haber experimentado y saboreado la ternura y misericordia del Creador o Forma-

dor de todos, del Salvador del mundo. Por eso no se puede hablar de Dios si antes no se ha hablado con Dios descubierto en la vida.

La teología, por ser palabra que intenta explicar el encuentro entre la inmensidad divina y la finitud humana, es siempre una aproximación limitada por nosotros hacia aquel *en quien vivimos, nos movemos y existimos* (Hch 17,28); quien está a la izquierda y a la derecha, atrás y adelante, abajo y arriba de nosotros; el que está cerca y junto, y que habita en nuestro corazón; ese ser que lo rebasa todo. Es una tarea casi imposible comunicar a los demás el misterio de Dios que disfrutamos. Por eso, al empeñarse en algo que no cabe en ninguna de las categorías del conocimiento humano, la teología tiene necesidad de ir más allá del lenguaje discursivo que se preocupa por elaborar *ideas claras y distintas*, para lanzarse a navegar por el lenguaje simbólico y la analogía en orden a darse a entender, aplicando a Dios las mejores metáforas de la experiencia humana.

En el esquema cristiano reconocemos que Dios, siendo absolutamente trascendente, se comunica y nos salva, saliendo al encuentro de nuestras limitaciones y utilizando las mediaciones que están a nuestro alcance, hasta el grado de enviar a su Hijo que se mete totalmente en nuestra realidad humana y aparece enteramente semejante a nosotros, menos en el pecado. La teología cristiana supone necesariamente un don sobrenatural que subsana nuestras deficiencias naturales para comprender la revelación plena de Dios en Jesucristo.

En ese sentido, lo que llamamos *teología india* es la vivencia, celebración y comunicación de la experiencia de Dios que acompañó a nuestros antepasados en su largo proceso de nomadismo, de sedentarización y de altas civilizaciones y culturas; es la sabiduría teológica que ayudó a nuestros abuelos a mantener la resistencia y la identidad propia en el contexto de la conquista y colonización europeas; y es, también, la perspectiva religiosa que orienta y da sentido trascendente a nuestra lucha actual por ganarnos el lugar que nos merecemos en la historia y en la Iglesia.

La teología india no es de ahora, ya lleva un largo andar de siglos y milenios, pero es tan nueva y actual para las comunidades indígenas porque sigue respondiendo a sus necesidades de hoy. No es fruto de coyunturas porque nace y echa raíces en el terreno mismo de la existencia indígena, pero se ajusta a las coyunturas del momento asumiendo sus retos y desafíos. No surge de la institución eclesiástica porque es anterior a ella y es teología popular, pero se mueve y se acondiciona dentro de los espacios eclesiales en donde le

permiten reproducirse. No es de libros porque se apoya en la tradición oral de las sabias y sabios de los pueblos, pero está aprendiendo a expresarse también en la escritura y lógica de libros. Germina y florece en los cerros, pero también la podemos llevar a las ágoras y plazas de las ciudades. La teología india es singular porque los pueblos de este continente nos hemos hermanado en la unidad de nuestra herencia milenaria, en la unidad del dolor provocado por los 500 años, y en la unidad de nuestras luchas actuales por la liberación; pero la teología india sigue siendo plural, pues adquiere muchos rostros concretos según el contexto económico, social, cultural y religioso de cada comunidad y de cada momento.

Aunque siempre ha existido, la teología india no siempre ha sido considerada en su justo valor, a veces ni siquiera por los mismos indios. En 1990 resurge en la Iglesia sacudiéndose los polvos del camino o de los rincones de la casa donde se la había relegado, y a partir de entonces ha hecho un rápido recorrido que la ha llevado a ser un tema de creciente interés en asambleas, congresos, simposios, conferencias episcopales y eclesiales. Ya en Santo Domingo (1992) se habló de ella indirectamente, pues la Iglesia se comprometió con los pueblos indígenas a "acompañar su reflexión teológica, respetando sus formas culturales que les ayudan a dar razón de su fe y esperanza".¹

Pero ahora en Aparecida (2007), aunque no se logró poner el término "*teología india*" en el documento oficial por razones que no son de fondo sino de forma, fue materia explícita de muchos debates, de modo que estamos en un nuevo momento para la teología india; momento cargado de promesas y esperanzas, pero también marcado todavía por temores e incertidumbres que vale la pena analizar para vislumbrar el futuro que le espera a esta teología dentro o fuera de la Iglesia.

1. Aparecida y la Teología India

Aunque hay que reconocer que en la Iglesia ningún documento del magisterio pontificio o episcopal es en sí mismo punto de partida de nuevos procesos eclesiales, porque cada documento sólo refleja el consenso logrado hasta el momento y su pretensión es reforzar o matizar lo que las bases eclesiales ya están llevando a cabo, Aparecida manifiesta, a mi parecer, un momento kairótico al interior de nuestra Iglesia que puede ser el inicio de una nueva

¹ Documento de Santo Domingo, n. 248.

etapa eclesial, sobre todo en lo que se refiere a la causa indígena. Varios son los indicadores de ese nuevo momento, y los indígenas, sin pretenderlo, hemos llegado a ser un punto importante de referencia. El papel que jugamos antes, durante y después de Aparecida da cuenta de esta nueva relación intraeclesial que se construye.

Aparecida es el reflejo de lo que somos y de lo que queremos ser como Iglesia latinoamericana. Y, en ese sentido, aunque era sólo una reunión episcopal, finalmente fue como una cancha de juego donde interactuamos los diversos grupos de fieles cristianos que formamos la Iglesia en América Latina. Cada uno jugó impulsando la estrategia que creía más adecuada y logró lo que pretendía en la medida que supo moverse dentro de la cancha y con las reglas del juego, tomando en cuenta también la fuerza y la estrategia de los contrarios. Ciertamente a los indígenas y a nuestros compañeros de equipo nos metieron goles, eso no se puede negar, pero también nosotros metimos goles en Aparecida. Y eso cuenta mucho y habrá que hacer al final del juego una valoración seria y serena de lo que sucedió, a fin de sacar las lecciones que ese magno evento deja a nuestra Iglesia y a los pueblos indígenas del continente.

2. Los indígenas en la preparación de Aparecida

Es un hecho que a muchos miembros de nuestra Iglesia no les interesó participar en la preparación de Aparecida. El desencanto y la desesperanza que pesa sobre la sociedad en relación a la pérdida de credibilidad y de significado de la Iglesia influyeron también para que muchos creyentes católicos no se sintieran animados a realizar aportes para la expresión de palabras pastorales que de antemano veían como intrascendentes o de mínima repercusión. Los indígenas, en cambio, acudimos como siempre a todos los espacios y mecanismos de consulta que los pastores dispusieron en función de Aparecida. Respondimos a las fichas y preguntas del Documento de Preparación, hicimos muchos aportes para expresar nuestra palabra, pero planteamos también observaciones críticas a la guía, a la perspectiva metodológica y a los grandes vacíos existentes en el Documento, y dijimos abiertamente lo que pensábamos:

El análisis hecho en el Documento de Preparación sobre la globalización neoliberal, que se impone a las mayorías, es demasiado *light*, es decir, sin

posicionarse críticamente frente a los desafíos que esa globalización presenta. Hace falta un pronunciamiento profético más contundente, que desenmascare el mal encerrado en ese modelo de sociedad [...] Frente esa sociedad organizada con parámetros antievangélicos, debemos renovar nuestra capacidad profética para anunciar la liberación de los pobres y para denunciar a los causantes de su desgracia. No podemos seguir con actitudes tibias y ambivalentes [...] En el Documento de Preparación se notan omisiones y ausencias importantes, que habrá que llenar con los contenidos necesarios. Aunque se mencionan los hechos históricos de la vida de la Iglesia latinoamericana, éstos no se conectan suficientemente con la historia del caminar profético y pastoral de la Iglesia latinoamericana, que ha buscado hablar y actuar desde las mayorías pobres del continente. En el Documento de Preparación se plantean las cosas como si no hubiera existido ese caminar eclesial latinoamericano. La Iglesia no inventa en cada momento su acción en el pueblo; tiene una historia que la respalda, una tradición que le da sentido y con la que establece continuidad. Si olvidamos este referente de la tradición nos volvemos veletas a las que el viento de las coyunturas sociales hace perder el rumbo y no sirven para orientar.²

Asimismo, participamos en los eventos que fueron organizados específicamente para los indígenas (sacerdotes, religiosas, laicos) con metodologías y perspectivas más acordes a nosotros. Ahí elaboramos con mayor libertad nuestro pensamiento y lo hicimos llegar a los organizadores de la V Conferencia. Por ejemplo, los sacerdotes indígenas de México, reunidos en Puerto Escondido gracias a la convocatoria de la Comisión Episcopal para Indígenas, expresamos así nuestras preocupaciones:

A veces, no podemos o no sabemos cómo manejar el sentido crítico de la historia de la Iglesia, pues creemos que ella es la buena en la historia, y los malos son los demás, los conquistadores. La verdad es que la Iglesia no vino en otro barco distinto, sino en el mismo barco de los conquistadores y para la misma empresa, y fue utilizada para la implantación

² Síntesis de la Asamblea Nacional de Pastoral Indígena, enero 2006 (elaborada por Eleazar López).

de la sociedad colonial; ella realizó la conquista espiritual de los pueblos, como ideología de la conquista material. Es una verdad que no podemos negar.

Reconocer la verdad histórica nos hará libres. Cuando reconozcamos lo que sucedió y nuestra responsabilidad de Iglesia en tales acontecimientos, esta verdad nos purificará y estaremos en posibilidad de un cambio de actitud, podremos bajar del barco de los poderosos y montarnos en la canoa de los pobres. Todavía la Iglesia no se baja del barco del sistema; mentalmente aún está ahí. Hoy nos hallamos de nuevo ante el problema de los grupos de poder que quieren manejar la Iglesia al servicio del sistema dominante [...] que abierta o solapadamente se ponen y están a favor del orden establecido y en contra de quienes tenemos opciones que nos unen a los pobres y excluidos.

Si los misioneros se unieron a los que vinieron a someter a los indígenas a la sociedad colonial, no pudieron mostrar la verdad sobre Dios y sobre el hombre, al menos no de manera adecuada. Más aún, redujeron y afearon la verdad de Dios y de humanidad que estos pueblos ya tenían. Una evangelización hecha con la espada no es verdadera evangelización. Eso lo dijo en su tiempo Fray Bartolomé de las Casas en su libro *Del único modo de atraer a la verdadera religión*.

Ahora se sigue actuando como hace 500 años. Muchos siguen pensando que los indígenas no conocemos a Dios, ni a Jesucristo, o dudan de que en verdad nos hemos convertido a la fe cristiana. Pero la verdad es que aquí ya estaba Dios presente, ya estaba el Hijo de Dios, ya estaba el Espíritu. Y no sólo en semilla, sino en árbol y con frutos, gracias a la respuesta que nuestros antepasados dieron a las mociones de Dios en su historia y en su cultura. El servicio que podía hacer la Iglesia misionera era explicitar y ampliar esa presencia de Dios para posibilitar la comunión, la catolicidad de los indígenas en un pueblo de Dios, hecho de muchos pueblos; pero eso no lo hizo la Iglesia.

Si hoy se aplasta la voz y el aporte indígena, los pueblos pierden, pero la Iglesia también pierde la oportunidad histórica de cambiar las cosas.

Los indígenas somos pueblos profundamente religiosos y tenemos mucho que aportar a la Iglesia y, con ella, a esta sociedad que ha perdido su sentido religioso. Nuestra perspectiva religiosa coincide maravillosamente con el planteamiento de Nuestro Señor Jesucristo porque es integral, es antisistémica y sueña que 'otro mundo es posible'. La Iglesia ganará mucho si se

abre e incorpora decididamente a los indígenas en su seno. Éste es el momento de superar definitivamente la queja de Juan Diego ante la Tonantzin Guadalupe: *'Me mandas a un lugar donde no ando y no paro'*, implementando una inclusión no sólo de los individuos indígenas tomados de una manera aislada, sino de los pueblos con su historia, con sus organizaciones, sus culturas y experiencia religiosa; con su teología y ministerialidad autóctona.³

Con los responsables de la pastoral indígena latinoamericana formamos un equipo de expertos y expertas indígenas e indigenistas para que acercaran nuestra voz a quienes debatirían en Aparecida.⁴ Eso se hizo en el contexto del III Simposio Latinoamericano de Teología India organizado por el CELAM en Guatemala, en octubre de 2006, sobre el tema de la cristología indígena. Ahí se crearon condiciones nuevas de diálogo intraeclesial, y eso se expresó en el mensaje final del Simposio:

Al término del Simposio damos gracias a Dios por los dones recibidos y por los grandes avances que hemos alcanzado. Ciertamente, en el ambiente eclesial ahora podemos mirar de manera más tranquila y confiada las legítimas diferencias teológicas, los aportes específicos de los indígenas y las preocupaciones doctrinales de los pastores de la Iglesia. Unos y otros tenemos necesidad de *'dar razón de nuestra esperanza'* con argumentos válidos y, sobre todo, con una vida consecuente.

Por la experiencia tenida en el Simposio, podemos afirmar que es posible caminar juntos, unidos en la fe y en el amor de Dios, obispos, teólogos y agentes de pastoral, acompañando a las comunidades en la inculturación del Evangelio de Jesucristo, desde la vida y reflexión teológica de los pueblos indígenas. Nos alegra comprobar nuevamente que Jesucristo, sa-

³ Memoria del XIII Encuentro Nacional de Sacerdotes Indígenas, Puerto Escondido, Oaxaca, junio de 2006, publicado por la Comisión Episcopal para los Indígenas de la Conferencia del Episcopado Mexicano.

⁴ Fueron designados miembros de ese equipo asesor del CELAM los obispos Octavio Ortiz (Colombia), Felipe Arizmendi Esquivel (México), Erwin Krauter (Brasil), Víctor Corral (Ecuador), Julio Cabrera (Guatemala), y los teólogos Nicanor Sarmiento (Perú), Roberto Tomichá (Bolivia), Ernestina López Bac (Guatemala), Eleazar López (México) y Margot Bremer (Paraguay).

cerdote y profeta, no es un problema para los pueblos indígenas; Él ha sido anunciado y asumido, Él es vivido, reflexionado y celebrado por los creyentes indígenas de maneras muy variadas, según sus culturas y experiencias religiosas ancestrales. Esto nos compromete como Iglesia a mirar al Señor en los rostros de sus hijos y de sus criaturas”.⁵

El Documento de Síntesis para Aparecida, que un equipo especialmente designado por el CELAM confeccionó durante varias semanas, recogió todos los aportes de las conferencias episcopales del continente y los condensó en un escrito en el que quedaron también las voces indígenas amalgamadas en un conjunto amplio que aunque no satisfizo completamente a todos, ayudó a mostrar las líneas fundamentales del caminar y de las búsquedas de nuestras iglesias particulares.

3. Los indígenas durante Aparecida

En este punto conviene recordar que en Santo Domingo (1992), por celebrarse en una fecha emblemática que era el cumplimiento de los 500 años del llamado “encuentro de dos mundos”, hubo participación indígena en la preparación⁶ y, sobre todo, en la inauguración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano mientras estuvo el papa Juan Pablo II, en que se hizo gala del folclore indígena. Pero durante los debates ya no fue tan notoria esa presencia; y, sin embargo, finalmente el mismo ambiente ayudó a meter algunos cuestionamientos y planteamientos que pedían una nueva relación de la institución eclesiástica con los pueblos indígenas. Con base en los resultados puestos en el documento final de Santo Domingo, se puede

⁵ Mensaje final del III Simposio Latinoamericano de Teología India organizado por el CELAM en Guatemala, en octubre de 2006.

⁶ Los sacerdotes indígenas de México enviamos a la IV Conferencia un escrito, en donde planteábamos nuestros razonamientos: “Al interior de la Iglesia, los indígenas rechazamos que se nos siga considerando como paganos e idólatras, a quienes hay que conquistar para la fe. No somos enemigos de la Iglesia ni contrarios a la fe cristiana... Por eso, para ser cristianos y para ejercer algún ministerio en la Iglesia no deben obligarnos a renunciar a la experiencia religiosa de nuestros pueblos, porque con una presión así lo que se logra es quitarnos toda posibilidad de autoafirmación personal, hacernos esquizofrénicos u obligarnos a usar máscaras, que encubren nuestra verdadera identidad”.

afirmar, como lo hizo mons. Bartolomé Carrasco Briseño, Arzobispo de Oaxaca, encabezando a otros obispos de la región Pacífico sur, que:

Santo Domingo pasará a la historia como la Conferencia de la inculturación del Evangelio y de la pastoral indígena. Prácticamente todos los tópicos surgidos de la pastoral indígena fueron tocados en Santo Domingo y se puede decir que con la misma frescura de su origen en las bases, por más que algunos no hayan valorado suficientemente estos temas o que incluso hayan querido limitar su espacio.⁷

Lo que sucedió en Aparecida fue más allá de Santo Domingo, pues en ella la voz indígena resonó más fuertemente a través de los obispos que la llevaron, y sobre todo de los indígenas mismos que la impulsamos desde fuera y desde dentro de la Conferencia. Cinco de los expertos designados por el CELAM en su equipo asesor para asuntos indígenas fueron asumidos como delegados o peritos de la V Conferencia;⁸ adicionalmente, episcopados de varios países como Brasil, Guatemala, Panamá, Ecuador y Bolivia designaron como sus representantes a obispos comprometidos con la causa india. De modo que la voz indígena llegó muy fortalecida a Aparecida y se había preparado para ello.

En la inauguración, el papa Benedicto XVI alabó la obra de los primeros misioneros, al mismo tiempo que la predisposición de los indígenas al Evangelio de Cristo, ya que la sabiduría de los pueblos originarios les llevó afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos [...] Todo ello forma el gran mosaico de la religiosidad popular que es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar.⁹

⁷ Cf. Mons. Bartolomé Carrasco, 1993.

⁸ Los obispos Octavio Ortiz (Colombia), Felipe Arizmendi Esquivel (México), Erwin Krauter (Brasil), Julio Cabrera (Guatemala) y el teólogo indígena Roberto Tomichá (Bolivia). Estuvimos apoyando personalmente a la Conferencia desde fuera, en el equipo interdisciplinario de Amerindia.

⁹ Benedicto XVI, discurso inaugural de Aparecida.

Sin embargo, dos frases del Papa en el discurso inaugural suscitaron una reacción violenta de varios líderes indígenas de todo el continente, al afirmar que: “El anuncio de Jesús y de su Evangelio no supuso, en ningún momento, una alienación de las culturas precolombinas, ni fue una imposición de una cultura extraña”, y al añadir: “La utopía de volver a dar vida a las religiones precolombinas, separándolas de Cristo y de la Iglesia universal, no sería un progreso, sino un retroceso. En realidad sería una involución hacia un momento histórico anclado en el pasado”.¹⁰ Esto puso en tensión a la Conferencia de Aparecida y exigió de ella clarificaciones y rectificaciones.

La voz de los líderes indígenas de Brasil, Chile, Perú y Guatemala fue muy contundente, y los de Ecuador lo expusieron de la siguiente manera:

Los pueblos y nacionalidades indígenas del continente de Abya Yala (América) rechazamos enérgicamente las declaraciones emitidas por el Sumo Pontífice en lo que se refiere a nuestra espiritualidad ancestral.

Si analizamos con una elemental sensibilidad humana, sin fanatismo de ninguna especie, la historia de la invasión a Abya Yala, realizada por los españoles con la complicidad de la Iglesia católica, no podemos menos que indignarnos. Seguramente el Papa desconoce que los representantes de la Iglesia católica de ese tiempo, con honrosas excepciones, fueron cómplices, encubridores y beneficiarios de uno de los genocidios más horribles que la humanidad haya podido presenciar.

Más de 70 millones de muertos en campos de concentración de minas, mitas y obrajes; naciones y pueblos enteros fueron arrasados; basta ver el caso de Cuba, y para sustituir a los muertos trajeron a los pueblos negros que sufrieron desgraciada suerte; usurparon las riquezas de nuestros territorios para salvar económicamente a su sistema feudal; las mujeres fueron cobardemente violadas y miles de niños murieron por desnutrición y enfermedades desconocidas. Todo lo hicieron bajo el presupuesto filosófico y teológico que nuestros ancestros ‘no tenían alma’. Junto a los asesinos de nuestros heroicos dirigentes siempre estaba un sacerdote u obispo para adoctrinar al condenado o condenada a muerte, para que se bautice antes de morir, y por supuesto a que renuncie a sus concepciones filosóficas y teológicas.

¹⁰ *Ibid.*

Las iglesias cristianas, y de manera particular la Iglesia católica, tienen una inmensa deuda con Cristo, con los pobres del mundo, y con los pueblos y nacionalidades indígenas que hemos resistido a semejante barbarie. Si bien el estado español y el Vaticano no pueden resarcir las consecuencias del monstruoso genocidio, el Jefe de la Iglesia católica debería al menos reconocer el error cometido, como lo hiciera su antecesor Juan Pablo II en relación con el holocausto nazi, y aprender de Jesús que, siendo Cristo, para dar su mensaje se encarnó en la cultura del pueblo hebreo con respeto, y fue coherente puesto que predicó el mensaje con su ejemplo asumiendo todas las consecuencias de ello.¹¹

Esta voz indígena clara y fuerte incomodó terriblemente a nuestros obispos, teólogos e invitados de Aparecida, pero jugó también a favor de que se tomara más en serio la causa indígena dentro de la Iglesia. Se estaba, así, dando cumplimiento a la profecía hecha por mons. Leonidas Proaño, cuando manifestó al final de su vida:

[Los indígenas] han comenzado a abrir los ojos, han comenzado a ver, han comenzado a desatar su lengua, han comenzado a recuperar su palabra, han comenzado a decirla con valentía, han comenzado a ponerse de pie, han comenzado a caminar, han comenzado a organizarse, a realizar acciones que pueden convertirse en acciones de trascendental importancia para ellos, para los países de América, para muchos países del mundo.¹²

También se cumplía la reflexión visionaria que Don Bartolomé Carrasco, el Tata de los indígenas de Oaxaca, hizo en ocasión de la emergencia indígena de los años noventa:

Con estos indígenas crecidos y adultos -que tienen conciencia, voz y organización propia- debemos dialogar, en adelante, nuestras propuestas pastorales. No importa que, por el momento, no sean ellos el sector mayoritario de la población indígena. Ya que, querámoslo o no, ellos son

¹¹ Ecuarunari ante las declaraciones de Benedicto XVI, mayo de 2007, publicado en Ewituri. Ver <ewituri@laneta.apc.org>. Consultado el 16 de mayo de 2007.

¹² A. BRAVO, (Comp.), *Pensamientos de Mons. Proaño*, diócesis de Riobamba, Ecuador 1989.

ahora la conciencia crítica de los demás; de modo que tarde o temprano su voz alcanzará espacios todavía más amplios. No le tengamos miedo a este reto, pues de él saldrán ellos más crecidos en su personalidad y nuestra Iglesia se purificará haciéndose más transparente y congruente con su misión, que no es colonizadora, sino evangelizadora.¹³

Por eso varios obispos se atrevieron en Aparecida a defender abiertamente, y en momentos a contracorriente, las propuestas indígenas y los avances alcanzados en la Iglesia en cuanto a ministerios autóctonos y teología india. Ellos no lograron todo lo que se requería, pero mostraron hasta dónde están dispuestos a llegar por este camino en defensa de los derechos indígenas, no sólo en la sociedad, sino también en la Iglesia. Mons. Álvaro Ramazini, presidente de la Conferencia Episcopal de Guatemala, lo expresó con las siguientes palabras, a dos días de que el Papa pronunciara su discurso inaugural:

Los pueblos indígenas del continente, a la par que buscan afianzarse en su identidad y reivindicar sus derechos, sufren las consecuencias del liberalismo económico de diferentes modos. Estos pueblos con sus valores son una contribución para abrir posibilidades de un mejor futuro a la humanidad entera. Ellos, en su perspectiva religiosa integral, involucran a Dios en todas las realidades humanas y esperan de la Iglesia católica una actitud de amor profundo, de respeto, de valoración y reconocimiento de lo que son. Los procesos de una verdadera inculturación del evangelio y el desarrollo de una reflexión teológica desde sus realizaciones culturales concretas, en el entendido de que 'Cristo, siendo realmente el Logos encarnado, el amor hasta el extremo, no es ajeno a cultura alguna' (Benedicto XVI, discurso inaugural), *no son ni por asomo un intento de volver a dar vida a las religiones precolombinas, 'separándolas de Cristo y de la Iglesia universal' (Ibid);* esperan de nosotros dedicación, responsabilidad, pero sobre todo un vivo amor pastoral.¹⁴

¹³ Cf. CARRASCO, B., *Mensaje de los obispos de la región Pacífico-sur*, Oaxaca 1993. A. BRAVO, o. c.

¹⁴ Mons. Álvaro Ramazini, intervención del 15 de octubre de 2007.

Este posicionamiento profético desató los nudos de la tensión provocada por el manejo anti-indígena que se estaba dando a las palabras pontificias de inauguración, y provocó que en las asambleas y en las comisiones de Aparecida hubiera un debate fuerte y serio sobre la realidad de los pueblos amerindios y sobre la pastoral indígena de la Iglesia con todas sus implicaciones. El presidente de la Conferencia Episcopal de Panamá también se lanzó al ruedo y fue el primero en hablar explícitamente de la teología india en la Conferencia:

Por todo lo anterior, creemos que la celebración de la v Conferencia de Aparecida debe ser un *kairós* que nos lleve a asumir retos y posturas concretas: [...] Preocupación por pobres e indígenas: la opción por los pobres, opción evangélica y, por lo tanto, irreversible e irrenunciable, sigue siendo un imperativo categórico de nuestra pastoral, desde una teología del Dios que se compadece por su pueblo y opta radicalmente en Jesús por liberarlo de todo lo que le impide ser y vivir plenamente su dignidad de hijo e hija de Dios. Hemos dicho en otras oportunidades que los indígenas son los "*más pobres entre los pobres*" y no hay la menor duda de ello. Sin pretender ser oportunistas, no podemos quedarnos al margen de la vida y de la lucha de los pueblos originarios del continente por su dignidad, por su identidad, por su territorio. Y, en este campo, se hace necesario, tal como se ha venido haciendo en el CELAM con el apoyo de la Santa Sede, proseguir con la reflexión de la *teología india*, a fin de esclarecer, acoger y potenciar los ámbitos culturales y religiosos que sirvan para evangelizar, acogiendo las 'semillas del Verbo' presentes en esos pueblos.¹⁵

Otro de los grandes defensores de la teología india en Aparecida fue mons. Felipe Arizmendi Esquivel, obispo de San Cristóbal de las Casas, responsable de la pastoral indígena del CELAM y de la Conferencia del Episcopado Mexicano. Él fue prácticamente el referente imprescindible para la defensa de la causa indígena y de la teología india dentro de la v Conferencia; para ello, ofreció a la Asamblea los datos estadísticos de la población indígena del continente, el diagnóstico de la realidad social y eclesial respecto a los indígenas, la emer-

¹⁵ Mons. José Luis Lacunza Maestrojuán, intervención en Aparecida, versión difundida por el mismo obispo.

gencia actual de este sector; habló de los diálogos habidos entre las conferencias nacionales y el CELAM sobre teología india, señalando ante sus colegas obispos que “es creciente el consenso de considerar *teología* a la llamada *teología india*” y argumentando sobre la necesidad de “escuchar sin prejuicios sus contenidos, definir sus logros, dificultades y deficiencias”.¹⁶

¹⁶ Don Felipe Arizmendi expresó en Aparecida:

1. Según algunos censos, en toda América hay más de 42 millones de indígenas; la mayoría empobrecidos, con graves ataques a su identidad. Desaparecen lenguas y culturas. Hay quejas contra obispos, sacerdotes y religiosas, porque dicen que algunos no tenemos un corazón encarnado en sus pueblos. Se desconocen las culturas indígenas y se tienen prejuicios. Persiste un racismo anticristiano contra ellos, incluso en ambientes eclesiales.

2. Es una injusticia que sean muy pocas las etnias que gozan de traducciones católicas de la Biblia y de la liturgia, a las cuales tienen pleno derecho. Se usan traducciones bíblicas hechas por protestantes, con graves deficiencias culturales y doctrinales. Son muy escasos los ritos litúrgicos inculturados, aprobados por la Santa Sede. En los Seminarios, poco se ha hecho por una formación inculturada de los candidatos indígenas al sacerdocio.

3. Hay una fuerte emergencia de diversas etnias, que se hacen cada vez más presentes en la sociedad y en la Iglesia, exigiendo sus derechos, incluso en forma violenta. Nuestra Iglesia ha ido reconociendo su lugar, para que sean sujetos, protagonistas de la evangelización, agentes de la acción pastoral. En muchas partes se está impulsando una evangelización integral, con insistencia en la promoción humana y en la inculturación del Evangelio y de la misma Iglesia, no siempre con el debido equilibrio. Cada día hay más ministros indígenas, sacerdotes, religiosas y diáconos indígenas, para llegar a ser iglesias autóctonas, como las describe el Vaticano II (Decreto *Ad Gentes*, 6), sin negar los riesgos que este concepto implica. Faltan más obispos indígenas.

4. Es creciente el consenso de considerar “teología” a la llamada “teología india”. Esta tiene su propio método, más simbólico que conceptual, que debe seguir definiendo. Hay que distinguir “teología india india”, que revaloriza la sabiduría de los mayores, sin referencia al Evangelio, y quiere recuperar las religiones precolombinas; “teología india cristiana”, que se discierne a la luz de Jesucristo, junto con otras confesiones cristianas; y “teología india católica”, que se confronta y enriquece también con el Magisterio. Se resalta el clima sereno y maduro de diálogo que se ha ido creando sobre temas delicados, entre pastores y expertos en teología india, con acompañamiento de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Se recomienda continuar estos contactos,

Seguramente estas intervenciones fueron las que lograron, en primer lugar, algo realmente inesperado: que el Papa hiciera una especie de rectificación de sus primeras palabras en Aparecida, declarando el 23 de mayo en Roma:

Ciertamente el recuerdo de un pasado glorioso no puede ignorar las sombras que acompañaron la obra de evangelización del continente latinoamericano: *no es posible olvidar los sufrimientos y las injusticias que infligieron los colonizadores a las poblaciones indígenas, a menudo pisoteadas en sus derechos humanos fundamentales*. Pero la obligatoria mención de esos crímenes injustificables –por lo demás condenados ya entonces por misioneros como Bartolomé de las Casas y por teólogos como Francisco de Vitoria, de la Universidad de Salamanca– no debe impedir reconocer con gratitud la admirable obra que ha llevado a cabo la gracia divina entre esas poblaciones a lo largo de estos siglos.¹⁷

Un segundo logro de los defensores de los indígenas fue que desde la redacción inicial del borrador de Aparecida se pusiera el término *teología india* por petición explícita de varios obispos; pero no se pudo mantener esta inclusión en el recorrido posterior del documento por una cuestión meramente de procedimiento canónico. Y es que, según me explicó en diálogo privado el cardenal Levada, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, aunque en todo el proceso del diálogo intraeclesial se ha concluido que no se debe regatear el término de verdadera “teología” al pensamiento religioso indígena, la Santa Sede, que es la instancia mayor de la Iglesia, no se ha pronunciado todavía al respecto; de modo que no procede utilizar oficialmente el término en documentos del Magisterio, en tanto Roma no haya dado esa aprobación, lo cual no significa que se haya condenado la *teología india*; sólo hay que esperar que los tiempos se cumplan.

4. Lo que los indígenas no ganamos en Aparecida

Muchos creíamos con optimismo que Aparecida ratificaría el uso en la Iglesia de la expresión *teología india* con base en el consenso logrado a través del

escuchar sin prejuicios sus contenidos, definir sus logros, dificultades y deficiencias”. (Mons. Arizmendi, intervención en Aparecida).

¹⁷ Benedicto XVI, Audiencia General del miércoles 23 de mayo de 2007.

diálogo institucional que comenzó en 1999 dentro de varias conferencias episcopales de América latina, con el Consejo Episcopal Latinoamericano y con miembros y expertos de la Curia romana, donde las dudas, malos entendidos y sospechas existentes se ventilaban abiertamente y fueron discernidos con respuestas adecuadas y suficientes. Pensábamos que la limpia o purificación que las hermanas mazatecas le hicieron en la Basílica de Guadalupe al papa Juan Pablo II en 2002 había hecho su efecto en toda la Iglesia como una especie de exorcismo que sacaría los malos espíritus que se habían metido en la institución eclesiástica. Pero no fue así: en algunos sectores con mucho poder eclesiástico aún persisten los temores y prevenciones respecto a las implicaciones de la inculturación del Evangelio, de la Iglesia, de los ministerios sagrados, de la liturgia, de la reflexión teológica en el mundo indígena. Para ellos sigue siendo motivo de gran preocupación hablar de *Iglesia autóctona*, de *diaconado indígena*, de *teología india*, porque les suena a introducir modelos eclesiológicos extraños o a hacer planteamientos atrevidos que ponen en riesgo la integridad de la fe cristiana o la unidad eclesial. Esto es lo que muchos percibimos incluso en la carta de suspensión de nuevas ordenaciones de diáconos indígenas, enviada por el cardenal Arinze a mons. Felipe Arizmendi.¹⁸

¹⁸ La carta del Cardenal Arinze comunica al obispo de San Cristóbal de las Casas la suspensión de nuevas ordenaciones de diáconos indígenas con las siguientes afirmaciones:

“No se puede ignorar que, aun después de pasados cinco años de la salida de S. E. Samuel Ruiz de San Cristóbal de las Casas, continua estando latente en la Diócesis la ideología que promueve la implementación del proyecto de una Iglesia autóctona. En este sentido, la Reunión Interdicasterial se ha pronunciado por una suspensión de eventuales ordenaciones de diáconos permanentes hasta que se haya resuelto el problema ideológico de fondo. Asimismo, se pide que se fortalezca la pastoral vocacional, con vistas al sacerdocio célibe, como en el resto de la Iglesia en México y demás países de América Latina, y que se interrumpa la formación de más candidatos al diaconado permanente. Constituye, en efecto, una injusticia contra esos fieles cristianos alentar una esperanza sin perspectivas reales; además, el diaconado supone una vocación personal, no una designación comunitaria, sino una llamada oficial de la Iglesia; requiere una formación intelectual sólida; orientada por la Sede Apostólica. Para contribuir a sanear la vida eclesial, desde el inicio se ha pedido, y se continúa indicando, abrir la diócesis a otras realidades propias de la universalidad de la Iglesia católica, para ayudarla a salir del aislamiento ideológico mencionado. Por último, cabe subrayar que,

Este contexto, marcado por dudas, sospechas y prejuicios, fue lo que puso más trabas en la discusión de los temas indígenas en Aparecida, ya que después de largos debates en las comisiones y en las asambleas de la Conferencia, donde los defensores de la causa india lograron, con argumentaciones sólidas, que la pastoral indígena que incluía la *teología india* se fuera amacizando poco a poco, desde el principio, en la elaboración del documento, el término *teología india* fue quitado en el camino. Y los 17 presidentes de conferencias episcopales presentes en el momento de la discusión final tuvieron que firmar una solicitud expresa para que se repusiera y se debatiera explícitamente su incorporación, lo que llevó a un hecho inédito en nuestra Iglesia. Después de escuchar la oposición del Prefecto de la Congregación para Doctrina de la Fe, que es autoridad mayor, el presidente de la Asamblea puso a votación individual el asunto y el resultado fue que 59 votos estuvieron a favor del uso del término *teología india* dentro de la Iglesia y 63 votos se adhirieron a la negativa de usarlo oficialmente por el momento. La diferencia fue mínima y habla de un nuevo momento episcopal, que preanuncia hasta dónde pueden llegar nuestros pastores en la defensa de lo que ellos consideran válido y legítimo en la vida eclesial.

La razón por la que no ganamos esta lucha la encontramos en la posición de quienes en la Iglesia no entienden, o se oponen, a la perspectiva indígena porque la consideran peligrosa, ideologizada o al margen de la ortodoxia cristiana. Ellos, consecuentemente, actuaron en Aparecida para bloquear o aminorar la voz indígena o de los defensores de los indígenas, haciendo aparecer fantasmas que sólo existen en las mentes medrosas y cargadas de prejuicios. Desde mucho antes de Aparecida, grupos ultraconservadores, respaldados seguramente por algunas instancias de autoridad en la Iglesia, se dedicaron a difundir la idea de que los indígenas e indigenistas, en una especie de complot malévolo, estábamos preparando un *asalto a la V Conferencia*. Fueron los mis-

alimentar en los fieles expectativas contrarias al Magisterio y a la Tradición, como en el caso de un diaconado permanente orientado hacia el sacerdocio uxorado (casado), coloca a la Santa Sede en la situación de tener que rechazar las distintas peticiones y presiones, y, de este modo, se le hace aparecer como intolerante" (Carta del cardenal Arinze a mons. Felipe Arizmendi, Obispo de San Cristóbal de las Casas, México, Octubre de 2005).

mos que animaron y celebraron la *Notificación* a Jon Sobrino por sus supuestas faltas a la fe en Jesucristo.

En noviembre de 2004 fue distribuido de manera anónima, es decir, sin identificar el nombre de los autores ni su domicilio, pero con el logotipo del CELAM en el lomo y con la mención al final de un indefinido agrupamiento laical *Lumen Gentium* de Zapopan, Jalisco, un folleto intitulado *Resurge la disidencia de los teólogos de la liberación. Gestación del asalto a la V CELAM*.¹⁹

A partir de una lectura totalmente sesgada de los hechos que marcaron la vida de la Iglesia latinoamericana después del Concilio Vaticano II, los autores del folleto en cuestión concluyen que en vez de *trabajadores para la mies en América Latina*, que fue lo que solicitó el papa Pío XII, llegaron *sembradores de cizaña*, que produjeron primero la *teología de la liberación* y ahora la *teología india*, ambas de matriz marxista.

El folleto enumera una larga lista de estos *sembradores de cizaña*, donde ponen a obispos, teólogos, expertos y asesores de todo el continente que, según ellos, directa o indirectamente, contribuyeron a los *frutos amargos del Concilio*, a la introducción del *humo de Satanás en la Iglesia*, a la creación de una *nueva secta de la Iglesia Popular*, que nos ha llevado al *trágico proceso de oscurecimiento de la fe y perturbación de la genuina evangelización*.

Los autores del panfleto enfocan su atención a la figura de mons. Samuel Ruiz García, Obispo emérito de San Cristóbal de las Casas, a quien ellos atribuyen la *revisión de los argumentos* para sustituir la teología de la liberación por la teología india, y la Iglesia popular por la Iglesia autóctona, que conlleva el diaconado indígena y el sacerdocio uxorado de los indígenas.

Según los autores del folleto, la esperanza de rectificación de las posiciones de mons. Samuel Ruiz se dieron con el coadjutor, mons. Raúl Vera, OP, pero éste *recibió muy pronto la remodelación intelectual, que lo convirtió en disidente*. De modo que, una vez removidos ambos, el nuevo Obispo de San Cristóbal, Don Felipe Arizmendi Esquivel, debería ser el verdadero rectificador, pero, según este agrupamiento laical, resultó peor que sus antecesores, pues persiste en *rescatar del aislamiento y expandir el proyecto de la teología india y la iglesia autóctona, en su condición de Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Indígena de la CEM, y de responsable de la Sección de Pastoral Indígena del Departamento Vida y Cultura del*

¹⁹ Cf. *Resurge la disidencia de los teólogos de la liberación. Gestación del asalto a la V CELAM*, noviembre de 2004. Folleto policopiado.

CELAM. De modo que su conclusión es: *Así, lo que en octubre de 2003 parecía reducido al caso de las diócesis de San Cristóbal de las Casas y la de Riobamba, ahora se expande como explosión inesperada a muchas diócesis de México y Centroamérica con la intencionalidad de afectar los temas de los cuatro 'Encuentros regionales' del CELAM, lo que para ellos son claramente ecos del asalto a la V CELAM.*²⁰

Miembros de este sector ultraconservador de la Iglesia se presentaron en Aparecida y pretendieron forzar las cosas hacia la descalificación tanto de la teología de la liberación como de otras teologías emergentes en América Latina, incluida la teología india. Pero no lo lograron; lo más que alcanzaron fue, a nivel de redacción, matizar los aportes de los defensores de la causa india, diciendo, por ejemplo que los indígenas “*están en la raíz primera de la identidad latinoamericana y caribeña*” (n. 88), en vez afirmar que *son* la raíz primera del continente; o, en otra parte, que “*las culturas indígenas se caracterizan sobre todo por su apego profundo a la tierra y por la vida comunitaria y por una cierta búsqueda de Dios*” (n. 54), en vez de señalar que se caracterizan por su profundo sentido religioso.

Fueron también miembros de este sector quienes pusieron en el apartado 10.8 el título “*Integración de los indígenas*” en vez de *incorporación* u otro término que mostrara que la Iglesia va más allá de los programas gubernamentales integracionistas del pasado, donde se considera que los indios estamos mal por hallarnos fuera de la sociedad envolvente, que es la que tiene los bienes de la humanidad y de la Iglesia.

Fueron estos mismos sectores quienes, durante los debates en Aparecida, adujeron una y otra vez principios de la fe cristiana como “*Jesucristo, único camino*” o “*fuera de la Iglesia no hay salvación*” con una lectura rigorista y fundamentalista que anularía toda diversidad teológica pues, según ellos, no hay nada que añadir a lo que hasta ahora se tiene en la Iglesia católica. Reflejos de este debate se hallan en varios números de Aparecida, como el 95 y el 531.

A nuestro parecer, fueron ellos también quienes interfirieron para que la Congregación para la Doctrina de la Fe, la Pontificia Comisión para América Latina, CAL, y el CELAM, que se reunieron en septiembre 2007, después de Aparecida, no tomaran una decisión aprobatoria sobre el uso del término “*teología india*” en la

²⁰ Con base en el folleto, el Centro Nacional de Ayuda a las Misiones Indígenas, CENAMI, hizo un “Balance de 2005” en diciembre del mismo año, y éste fue difundido electrónicamente en varias páginas web.

Iglesia. Estos grupos ciertamente tienen influencia y logran obstaculizar el proceso, pero no consiguen la condenación de la teología india, porque la decisión institucional tomada en septiembre de 2007 es que el diálogo se mantendrá y se reforzará sobre los contenidos, metodología e implicaciones de la teología india dentro de la Iglesia. Y ahí seguiremos ofreciendo a las hermanas y hermanos en la fe lo mejor que los pueblos indígenas tenemos.

Lo que los indígenas ganamos en Aparecida

Muchas cosas logramos los indígenas en Aparecida, las cuales ya han sido señaladas: en primer lugar, estuvimos física y moralmente a través de varios indígenas delegados oficiales de sus conferencias; a través de obispos defensores de la causa india, de teólogas y teólogos solidarios de Amerindia; a través de hermanas y hermanos indígenas que expresaron su voz fuera de la Asamblea por diversos medios y lograron impacto en muchos obispos. La presencia indígena fue evidentemente notoria y significativa.

Los enemigos de la causa india no lograron acallarnos ni condenarnos, aunque hubo intentos de hacerlo. Todo lo contrario: logramos simpatía, acercamiento y diálogo en Aparecida. Poco a poco, fuimos ofreciendo, como Juan Diego, nuestras flores cortadas en el Tepeyac y pudimos hacer que teólogos y obispos de Aparecida se fueran sensibilizando y abriendo a nuestra causa. Con auxilio de teólogas y teólogos amigos elaboramos aportes y modos indígenas, sólidamente fundamentados y adecuadamente expresados, que circularon exhaustivamente en las mesas de debate. Todos tuvieron acceso a la palabra y a la perspectiva indígena y la tomaron en cuenta para sus decisiones. No es fruto de la casualidad que al final hubiera un amplio eco de la voz indígena en la Conferencia. Por ese esfuerzo coordinado de los de dentro con los de fuera se alcanzó que prácticamente todos los planteamientos de la pastoral indígena latinoamericana fueron avalados e incorporados en el documento final, aunque algunos hayan sido matizados.

Desde luego, todo eso es obra del Espíritu de Dios, pero las mediaciones humanas que lo hicieron posible o que más lo facilitaron merecen el reconocimiento de nuestras hermanas y hermanos indígenas del continente por la labor que desarrollaron.²¹

²¹ Mención especial hay que hacer, además de los ya nombrados, a Roberto Tomichá, indígena delegado oficial de Bolivia, a José Tomás González, delegado oficial de Pa-

5. Palabras de Aparecida sobre indígenas

Podemos decir que, tal como quedó el documento oficial de Aparecida, se parece a los trajes típicos de nuestros pueblos, donde, además del colorido policromado, se distinguen las muchas manos que lo confeccionaron. Los hilos especiales de la perspectiva indígena son bastante notorios, no sólo por tratar temas netamente de contenido indígena, sino por incluir sobre otros temas la perspectiva indígena. Por eso se puede hacer una lectura continuada de ellos para notar su importancia y fuerza en el conjunto. Es lo que vamos a hacer a continuación, resaltando las palabras o frases que se refieren a los indígenas y con las que nos identificamos por haberlas impulsado en Aparecida.

Tomando en cuenta que la factura colectiva de Aparecida permitió la conjunción de muchas manos, también la intervención de los indígenas y sus aliados eclesiales fue posible y por eso quedó en el documento nuestro aporte a pesar de las matizaciones que otros sectores introdujeron durante los debates y en revisiones posteriores. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que Aparecida recogió lo principal de la voz indígena y los planteamientos mejores de la pastoral indígena, que fueron elaborados en el caminar persistente de indígenas y pastores identificados con nuestra causa. En ese sentido es válido sostener que quienes llevamos a Aparecida la perspectiva indígena, aunque no obtuvimos todo lo que hubiéramos deseado, hicimos un buen trabajo y ganamos mucho terreno. Primero porque no fuimos acallados, ni nos pusieron al margen, ni manipularon nuestra voz; y, segundo, porque logramos que percibieran la importancia de nuestra realidad y de nuestra lucha, que comprendieran la magnitud de las exigencias que surgen de nuestra realidad para la acción misionera y pastoral de la Iglesia, y también para que cayeran en la cuenta de las carencias institucionales para la comprensión, valoración e incorporación plena de los indígenas en la Iglesia. Los textos de Aparecida, que se refieren a nosotros, dan fe de ello. Por eso simplemente los transcribimos aquí sin más comentarios, resaltando lo que considero que es reflejo de nuestra voz indígena.

Desde la inauguración, el papa Benedicto XVI puso en el tapete temas y planteamientos de carácter indígena al señalar:

namá, y a Paulo Suess, teólogo de Brasil, quien formó equipo con Eleazar López, ambos del Colectivo Amerindia.

La aceptación de la fe cristiana para los pueblos de América Latina y del Caribe ha significado conocer y acoger a Cristo, el Dios desconocido que sus antepasados, sin saberlo, buscaban en sus ricas tradiciones religiosas. [...] *El Espíritu Santo ha venido a fecundar sus culturas, purificándolas y desarrollando los numerosos gérmenes y semillas que el Verbo encarnado había puesto en ellas, orientándolas así por los caminos del Evangelio [...] Las auténticas culturas no están cerradas en sí mismas ni petrificadas en un determinado punto de la historia, sino que están abiertas, más aún, buscan el encuentro con otras culturas, esperan alcanzar la universalidad en el encuentro y el diálogo con otras formas de vida y con los elementos que puedan llevar a una nueva síntesis en la que se respete siempre la diversidad de las expresiones y de su realización cultural concreta.*

La respuesta anhelada en el corazón de las culturas es lo que les da su identidad última, uniendo a la humanidad y respetando a la vez la riqueza de las diversidades, abriendo a todos al crecimiento en la verdadera humanización, en el auténtico progreso. El Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se hizo también historia y cultura.

La sabiduría de los pueblos originarios les llevó, afortunadamente, a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos [...] Todo ello forma el gran mosaico de la religiosidad popular que es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar (Benedicto XVI, Discurso Inaugural de la V Conferencia, Aparecida. Será citado como DI).

El Evangelio llegó a nuestras tierras en medio de un dramático y desigual encuentro de pueblos y culturas. Las “semillas del Verbo” (Cf. Puebla, 401), presentes en las culturas autóctonas, facilitaron a nuestros hermanos indígenas encontrar en el Evangelio respuestas vitales a sus aspiraciones más hondas: “Cristo era el Salvador que anhelaban silenciosamente” (Benedicto XVI, DI, 1). La visitación de Nuestra Señora de Guadalupe fue acontecimiento decisivo para el anuncio y reconocimiento de su Hijo, pedagogía y signo de inculturación de la fe, manifestación y renovado ímpetu misionero de propagación del Evangelio (Cf. SD, 15) (DA, 4).

La riqueza y la diversidad cultural de los pueblos de América Latina y El Caribe resultan evidentes. Existen en nuestra región diversas culturas indígenas, afroamericanas, mestizas, campesinas, urbanas y suburbanas. Las culturas indígenas se caracterizan, sobre todo, por su apego profundo a la tierra y por la vida comunitaria, y por una cierta búsqueda de Dios (n. 56).

Esto nos debería llevar a contemplar los rostros de quienes sufren. Entre ellos, están las comunidades indígenas y afroamericanas, que, en muchas ocasiones, no son tratadas con dignidad e igualdad de condiciones (n. 65).

Con la presencia más protagónica de la sociedad civil y la irrupción de nuevos actores sociales, como son los indígenas, los afroamericanos, las mujeres, los profesionales, una extendida clase media y los sectores marginados organizados, se está fortaleciendo la democracia participativa y se están creando mayores espacios de participación política. Estos grupos están tomando conciencia del poder que tienen entre manos y de la posibilidad de generar cambios importantes para el logro de políticas públicas más justas, que reviertan su situación de exclusión (n. 75).

Los indígenas constituyen la población más antigua del continente. Están en la raíz primera de la identidad latinoamericana y caribeña [...] De todos estos grupos y de sus correspondientes culturas se formó el mestizaje, que es la base social y cultural de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños (n. 88).

Los indígenas y afroamericanos son, sobre todo, “otros” diferentes, que exigen respeto y reconocimiento. La sociedad tiende a menospreciarlos, desconociendo su diferencia. Su situación social está marcada por la exclusión y la pobreza. La Iglesia acompaña a los indígenas y afroamericanos en las luchas por sus legítimos derechos (n. 89).

Hoy, los pueblos indígenas y afros están amenazados en su existencia física, cultural y espiritual; en sus modos de vida; en sus identidades; en su diversidad; en sus territorios y proyectos. Algunas comunidades indígenas se encuentran fuera de sus tierras porque éstas han sido invadidas y degradadas, o no tienen tierras suficientes para desarrollar sus culturas. Sufren graves ataques a su identidad y supervivencia, pues la globalización económica y cultural pone en peligro su propia existencia como pueblos diferentes. Su progresiva transformación cultural pro-

voca la rápida desaparición de algunas lenguas y culturas. La migración, forzada por la pobreza, está influyendo profundamente en el cambio de costumbres, de relaciones e incluso de religión (n. 90).

Los indígenas y afroamericanos emergen ahora en la sociedad y en la Iglesia. Éste es un kairós para profundizar el encuentro de la Iglesia con estos sectores humanos que reclaman el reconocimiento pleno de sus derechos individuales y colectivos, ser tomados en cuenta en la catolicidad con su cosmovisión, sus valores y sus identidades particulares, para vivir un nuevo Pentecostés eclesial (n. 91).

Ya en Santo Domingo, los pastores reconocíamos que ‘los pueblos indígenas cultivan valores humanos de gran significación’ (SD, 245); valores que ‘la Iglesia defiende [...] ante la fuerza arrolladora de las estructuras de pecado manifiestas en la sociedad moderna’ (SD, 243); ‘son poseedores de innumerables riquezas culturales, que están en la base de nuestra identidad actual’ (Mensaje de la IV Conferencia a los Pueblos de América Latina y El Caribe, 38); y, desde la perspectiva de la fe, ‘estos valores y convicciones son fruto de ‘las semillas del Verbo’, que estaban ya presentes y obraban en sus antepasados’ (SD, 245)” (DA, 92).

Entre ellos podemos señalar: ‘Apertura a la acción de Dios por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana, la valoración de la familia, el sentido de solidaridad y la corresponsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural, la creencia en una vida ultra terrena’ (Ibid., 17). Actualmente, el pueblo ha enriquecido estos valores ampliamente por la evangelización, y los ha desarrollado en múltiples formas de auténtica religiosidad popular (n. 93).

Como Iglesia, que asume la causa de los pobres, alentamos la participación de los indígenas y afroamericanos en la vida eclesial. Vemos con esperanza el proceso de inculturación discernido a la luz del Magisterio. Es prioritario hacer traducciones católicas de la Biblia y de los textos litúrgicos a sus idiomas. Se necesita, igualmente, promover más las vocaciones y los ministerios ordenados procedentes de estas culturas (n. 94).

Nuestro servicio pastoral a la vida plena de los pueblos indígenas exige anunciar a Jesucristo y la Buena Nueva del Reino de Dios, denunciar las situaciones de pecado, las estructuras de muerte, la violencia y las injusticias internas y externas, fomentar el diálogo intercultural, interreligioso y ecuménico. Jesucristo es

la plenitud de la revelación para todos los pueblos y el centro fundamental de referencia para discernir los valores y las deficiencias de todas las culturas, incluidas las indígenas. Por ello, el mayor tesoro que les podemos ofrecer es que lleguen al encuentro con Jesucristo resucitado, nuestro Salvador. *Los indígenas que ya han recibido el Evangelio están llamados, como discípulos y misioneros de Jesucristo, a vivir con inmenso gozo su realidad cristiana, a dar razón de su fe en medio de sus comunidades y a colaborar activamente para que ningún pueblo indígena de América Latina reniegue de su fe cristiana, sino que, por el contrario, sientan que en Cristo encuentran el sentido pleno de su existencia* (n. 95).

En algunos casos, permanece una mentalidad y una cierta mirada de menor respeto acerca de los indígenas y afroamericanos. De modo que descolonizar las mentes, el conocimiento, recuperar la memoria histórica, fortalecer espacios y relaciones interculturales, son condiciones para la afirmación de la plena ciudadanía de estos pueblos (n. 96).

Los esfuerzos pastorales orientados hacia el encuentro con Jesucristo vivo han dado y siguen dando frutos. Entre otros, destacamos los siguientes:

[...] Se han hecho algunos esfuerzos por inculturar la liturgia en los pueblos indígenas y afroamericanos (n. 99).

Reconocemos el don de la vitalidad de la Iglesia que peregrina en América Latina y El Caribe, su opción por los pobres, sus parroquias, sus comunidades, sus asociaciones, sus movimientos eclesiales, nuevas comunidades y sus múltiples servicios sociales y educativos. *Alabamos al Señor porque ha hecho de este continente un espacio de comunión y comunicación de pueblos y culturas indígenas. También agradecemos el protagonismo que van adquiriendo sectores que fueron desplazados: mujeres, indígenas [...]* (n. 128).

Los jóvenes provenientes de familias pobres o de grupos indígenas requieren una formación inculturada, es decir, deben recibir la adecuada formación teológica y espiritual para su futuro ministerio, sin que ello les haga perder sus raíces y, de esta forma, puedan ser evangelizadores cercanos a sus pueblos y culturas (Cf. EAm 40; RM 54; PDV 32; Congregación para el Clero, Directorio, n. 15.) (DA, 325).

La globalización hace emerger, en nuestros pueblos, nuevos rostros de pobres. Con especial atención, y en continuidad con las conferencias generales anteriores, *fijamos nuestra mirada en los rostros de los nuevos excluidos*: los migrantes, las víctimas de la violencia, desplazados y refugiados, [...] adultos mayores, niños y niñas que son víctimas de la prostitución, pornografía y violencia o del trabajo infantil, mujeres maltratadas, víctimas de la exclusión y del tráfico para la explotación sexual, personas con capacidades diferentes, grandes grupos de desempleados/as, los excluidos por el analfabetismo tecnológico, las personas que viven en la calle de las grandes urbes, *los indígenas y afroamericanos, campesinos sin tierra y los mineros. La Iglesia, con su pastoral social, debe dar acogida y acompañar a estas personas excluidas en los ámbitos que correspondan* (n. 402).

En esta hora de América Latina y El Caribe, urge escuchar el clamor, tantas veces silenciado, de mujeres que son sometidas a muchas formas de exclusión y de violencia en todas sus formas y en todas las etapas de sus vidas. Entre ellas, las mujeres pobres, indígenas y afroamericanas han sufrido una doble marginación. Urge que todas las mujeres puedan participar plenamente en la vida eclesial, familiar, cultural, social y económica, creando espacios y estructuras que favorezcan una mayor inclusión (n. 454).

La Iglesia agradece a todos los que se ocupan de la defensa de la vida y del ambiente. Hay que darle particular importancia a la más grave destrucción en curso de la ecología humana (Juan Pablo II, Centesimus annus, n. 38). Está cercana a los campesinos que con amor generoso trabajan duramente la tierra para sacar, a veces en condiciones sumamente difíciles, el sustento para sus familias y aportar a todos los frutos de la tierra. Valora especialmente a los indígenas por su respeto a la naturaleza y el amor a la madre tierra como fuente de alimento, casa común y altar del compartir humano" (n. 472).

La riqueza natural de América Latina y El Caribe experimentan hoy una explotación irracional que va dejando una estela de dilapidación, e incluso de muerte, por toda nuestra región. En todo ese proceso, tiene una enorme responsabilidad el actual modelo económico que privilegia el desmedido afán por la riqueza, por encima de la vida de las personas y los pueblos y del respeto racional de la naturaleza. *La devastación de nuestros bosques y de la biodiversidad mediante una actitud depredatoria y egoísta,*

involucra la responsabilidad moral de quienes la promueven, porque pone en peligro la vida de millones de personas y en especial el hábitat de los campesinos e indígenas, quienes son expulsados hacia las tierras de ladera y a las grandes ciudades para vivir hacinados en los cinturones de miseria (n. 473).

Como discípulos de Jesucristo, encarnado en la vida de todos los pueblos, descubrimos y reconocemos desde la fe las 'semillas del Verbo' (Cf. SD, 245) presentes en las tradiciones y culturas de los pueblos indígenas de América Latina. De ellos valoramos su profundo aprecio comunitario por la vida, presente en toda la creación, en la existencia cotidiana y en la milenaria experiencia religiosa, que dinamiza sus culturas, la que llega a su plenitud en la revelación del verdadero rostro de Dios por Jesucristo (DA, 529).

Como discípulos y misioneros al servicio de la vida, acompañamos a los pueblos indígenas y originarios en el fortalecimiento de sus identidades y organizaciones propias, la defensa del territorio, una educación intercultural bilingüe y la defensa de sus derechos. Nos comprometemos también a crear conciencia en la sociedad acerca de la realidad indígena y sus valores, a través de los medios de comunicación social y otros espacios de opinión. A partir de los principios del Evangelio apoyamos la denuncia de actitudes contrarias a la vida plena en nuestros pueblos originarios, y nos comprometemos a proseguir la obra de evangelización de los indígenas, así como a procurar los aprendizajes educativos y laborales con las transformaciones culturales que ello implica (n. 530).

La Iglesia estará atenta ante los intentos de desarraigar la fe católica de las comunidades indígenas, con lo cual se las dejaría en situación de indefensión y confusión ante los embates de las ideologías y de algunos grupos alienantes, lo que atentaría contra el bien de las mismas comunidades (n. 531).

Quédate, Señor, con aquellos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad. ¡Oh buen Pastor, quédate con nuestros ancianos y con nuestros enfermos! ¡Fortalece a todos en su fe para que sean tus discípulos y misioneros! (DI) (DA, 554).

Nos comprometemos a defender a los más débiles, especialmente a los niños, enfermos, discapacitados, jóvenes en situaciones de riesgo, ancianos, presos, migrantes. *Velamos por el respeto al derecho que tienen los pueblos de defender y promover “los valores subyacentes en todos los estratos sociales, especialmente en los pueblos indígenas* (Benedicto XVI, Discurso en Guarulhos, 4). Queremos contribuir para garantizar condiciones de vida digna: salud, alimentación, educación, vivienda y trabajo para todos.

Esperamos [...] mantener con renovado esfuerzo nuestra opción preferencial y evangélica por los pobres [...] Valorar y respetar nuestros pueblos indígenas y afrodescendientes” (Mensaje final de la V Conferencia).

Reflexiones finales

Ciertamente la causa indígena, a nivel civil y religioso, se fortaleció en ocasión de Aparecida y la *teología india* en sus distintas modalidades subsistirá después de Aparecida, porque responde a las necesidades vitales de nuestros pueblos y no depende exclusivamente de las coyunturas que le vienen de la Iglesia:

a) En su autonomía más radical, la *teología india-india*, que forma parte integral de la experiencia de Dios heredada de los antepasados y que está unida a cosmovisiones indígenas prehispánicas de la divinidad, seguirá su marcha favorecida o atacada por la institución eclesial. Y la razón es que hay hermanos indígenas que, aunque no son la mayoría, reclaman para las comunidades el derecho a una libertad religiosa al margen del Cristianismo y de las iglesias, para que puedan mantener sus centros ceremoniales, incrementar el respeto a sus líderes religiosos, ampliar y profundizar sus manifestaciones espirituales. Los seguidores de Cristo tenemos que respetar a estos hermanos indígenas y hacer con ellos diálogo interreligioso, porque el Dios indígena no debe estar reñido con el Dios cristiano, ya que es el mismo en ambas vertientes religiosas. “Nuestro servicio pastoral a la vida plena de los *pueblos indígenas* exige [...] fomentar el *diálogo intercultural, interreligioso y ecuménico*” (DA, 95).

b) En su concreción como *teología india cristiana*, vinculada a distintas denominaciones del Cristianismo, hace falta diálogo y colaboración ecuménica para destrabar los nudos de la incomprensión y el rechazo, y así buscar la unidad de la fe en Jesucristo sin menoscabo de la diversidad teológica, ya que la perspectiva indígena aporta ángulos desconocidos de vivencia y ex-

presión de la misma fe. “Los *indígenas* que ya han recibido el Evangelio están llamados, como discípulos y misioneros de Jesucristo, a vivir con inmenso gozo su realidad cristiana, a dar razón de su fe en medio de sus comunidades y a colaborar activamente para que ningún pueblo indígena de América Latina reniegue de su fe cristiana, sino que, por el contrario, sientan que en Cristo encuentran el sentido pleno de su existencia” (DA, 95).

c) En su manifestación como *teología india católica*, ella seguirá adelante luchando por su reconocimiento en el concierto de voces teológicas existentes en nuestra Iglesia. Sin desvalorar la identidad católica ya asumida en gran parte de la población indígena, la teología india tendrá que asumir la tarea de sistematizar sus planteamientos en esquemas reconocidos por la institución y también la tarea de defender su alteridad o especificidad en el entendido de que eso no destruye la unidad y la integridad de la fe católica ni conlleva el sectarismo. “Los *indígenas* [...] emergen ahora en la sociedad y en la Iglesia. Éste es un *kairós* para profundizar el encuentro de la Iglesia (católica) con estos sectores humanos que reclaman el reconocimiento pleno de sus derechos individuales y colectivos, ser tomados en cuenta en la catolicidad con su cosmovisión, sus valores y sus identidades particulares, para vivir un nuevo Pentecostés eclesial” (DA, 91).

Si miramos así las cosas, después de Aparecida podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que ciertamente ese evento eclesial fue un *kairós* de gracia, un momento de irrupción salvadora de Dios en nuestra historia, que mediante instrumentos humanos marcados por preocupaciones, ideologías y hasta sentimientos enfrentados, habló de muchos modos a todos los fieles cristianos para recordarnos que Dios nos ama inmensa e inmerecidamente, y que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones en la persona de Cristo. Y nos ha llamado a ser instrumentos de su Reino de amor, de justicia y de paz, pero sobre todo de vida en abundancia. Nuestra dignidad mayor y nuestra tarea sublime es ser discípulos del Señor enviados con el tesoro del Evangelio a un mundo marcado por el pecado y por grandes cambios que afectan profundamente la vida de nuestros pueblos. La Iglesia debe cumplir su misión siguiendo los pasos de Jesús y adoptando las actitudes de Él, para anunciar el Evangelio de la paz sin bolsa ni alforja, sin poner nuestra confianza en el dinero ni en el poder de este mundo. Ella está al servicio de todos los seres humanos, hijos e hijas de Dios. Con la alegría de la fe, hemos sido enviados como misioneros para proclamar el Evangelio de Jesucristo y, en Él, la buena nueva de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del

trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación. Ante las estructuras de muerte, Jesús hace presente la vida plena: “Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en abundancia” (Jn 10,10).

Los pueblos indígenas, con nuestros valores y problemas, con nuestras preocupaciones y luchas por la vida, ocupamos un lugar importante en la Iglesia. Somos, por nuestro bautismo, parte de ella y discípulos que han sido enviados por el Señor a contribuir en la salvación del mundo. En la Iglesia se nos ofrece reconocimiento, solidaridad y apoyo para resolver nuestros problemas y para alcanzar nuestros anhelos culturales, que tienen que ver con la vida plena prometida por nuestro Señor Jesucristo y soñada por nuestros antepasados.

En consecuencia, la conclusión final que podemos sacar en estos momentos es que las espinas que indudablemente hubo en esta milpa de Aparecida y que continúan en la Iglesia no serán suficientes para ahogar las *preciosas, rozagantes y perfumadas flores* (Nican Mopohua) que el Espíritu de Dios hace brotar para gloria divina y vida humana (“*Gloria Dei, vivens homo*”: San Ireneo). Sin que nosotros lo hubiéramos pretendido así, esas mejores flores y también algunas espinas tienen que ver con nosotros, los indígenas del continente, y nos interpelan a todos para mantener con firme esperanza la lucha que hemos retomado de nuestros antecesores, a fin de abrir en la sociedad y en la Iglesia mayores espacios para la reconstitución de las comunidades indígenas como sujetos de la historia y de la fe cristiana, y para construir el proyecto indio como concreción del Evangelio del Reino de Dios y como ofrenda de futuro para la humanidad entera.

Cómo este *kairós* de Aparecida, expresado en hermosos planteamientos de ideales y utopías en el documento conclusivo, será asumido en la vida cristiana y en la práctica pastoral de nuestra Iglesia de manera que se haga realidad palpable lo que ellos contienen, es una interrogante que debemos responder todas y todos, indígenas y no indígenas, pastores y fieles, en el día a día y en nuestras distintas trincheras de lucha por la vida y por el Reino. Las palabras por sí solas no surten su efecto si no entran a circular, como la sangre, en nuestras venas. Y en ello los indígenas seguiremos dispuestos como *Nanahuátzin*,²²

²² *Nanahuátzin* es el paradigma teológico prehispánico en Mesoamérica (pueblos y culturas del maíz) que sirvió a nuestros antepasados para entender el mundo desde la perspectiva del pobre, antes de la llegada de los europeos a estas tierras; asimismo, fue la mediación teológica para comprender y aceptar a Cristo, muerto y resucitado para

en el mito de la creación del Quinto Sol, a tomar con gusto el cargo de alumbrar al mundo, aunque para ello tengamos que entregar nuestra vida toda. Por eso seguiremos sosteniendo con los demás pobres y excluidos: “Nunca más un mundo sin nosotros, nunca más una Iglesia sin nosotros”.

Fecha de recepción: 14 de febrero 2008

Fecha de aceptación: 10 de marzo 2008

nuestra salvación. Los discípulos de Fray Bernardino de Sahagún recogieron el mito inmediatamente después de la conquista y primera evangelización. Transcribo aquí lo principal del relato tal como lo presenta Enrique Florescano en tiempos actuales:

“En el año 13 Ácatl, en Teotihuacán, el lugar sagrado, se reunieron todos los dioses y dispusieron ayunos y sacrificios para propiciar el nacimiento del Sol. Luego los dioses preguntaron: ‘¿Quién tendrá cargo de alumbrar el mundo?’. A estas palabras respondió el dios llamado Tecuciztécatl, quien dijo: ‘Yo tomo cargo de alumbrar al mundo’. Otra vez los dioses se miraron entre sí y se preguntaron quién podría ser el otro que alumbrara el mundo, pero no hubo quien se ofreciera. Por fin se fijaron en un dios al que nadie tomaba en cuenta, que no hablaba, apenas se limitaba a oír, y tenía el cuerpo lleno de tumores y llagas. Dijéronle: ‘Sé tú el que alumbres, bubosito’. Y el dios llamado y humilde, llamado Nanahuáztin, obedeció de buena voluntad.

Y luego los dos comenzaron a hacer penitencia y sacrificios y ofrendas durante cuatro días. Todo lo que ofrecía Tecuciztécatl era precioso. En lugar de ramos daba plumas ricas de quetzal, y bolas de oro en lugar de bolas de heno; no ofrendaba espinas de maguey sino unas hechas de piedras preciosas; y en vez de espinas ensangrentadas, daba espinas de coral colorado, y copal muy bueno. En cambio, Nanahuáztin ofrecía cañas verdes y bolas de heno y espinas de maguey cubiertas con su propia sangre; y en lugar de copal brindaba la costra de sus llagas. A la media noche del día señalado para crear al nuevo sol, los dioses se reunieron alrededor de un gran fuego que habían mantenido durante cuatro días y al que Tecuciztécatl y Nanahuáztin deberían arrojar para transformarse en astros luminosos. Colocados todos frente al fuego le dijeron a Tecuciztécatl: ‘¡Entra tú primero al fuego!’ y éste intentó hacerlo, pero como el fuego era grande y muy vivo, tuvo miedo y se volvió atrás. Cuatro veces intentó Tecuciztécatl arrojar al fuego y cuatro veces desistió. Entonces los dioses dijeron a Nanahuáztin: ‘¡Prueba tú!’. Y éste de inmediato cerró los ojos y se echó al fuego y comenzó a arder. Al ver esto Tecuciztécatl cobró valor y se arrojó también al fuego. Luego que ambos cayeron y se quemaron [...] Nanahuáztin, convertido en Sol, apareció por el oriente; tras él también salió Tecuciztécatl, transformado en la luna”, *Memo-ria Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México 1995, 117-121.